

REVISTA LITERARIA de la S.E.Ch.

SUMARIO

Manuel Rojas, ORO EN EL SUR * *José Luis González*,
EL PARAÍSO * *Daniel Belmar*, NACIMIENTO * *Luis En-
rique Délano*, RECUERDOS DE UN "IMAGINISTA" * *Georgina
Durand*, RECUERDOS DE BRASIL * *Enrique Congrains*, DES-
ARROLLO DE UNA CONCIENCIA PROFESIONAL EN LOS NUEVOS ES-
CRITORES PERUANOS * *Marion Railsback*, CARL SANDBURG *
Djadjic-Abinin, LITERATURA CONTEMPORÁNEA YUGOES-
LAVA * *Isidora Aguirre*, EL AUTOR TEATRAL EN BUSCA
DE AUTORES CHILENOS * *Fernando Lamberg*, DE LA
MAGIA AL REALISMO * *Eugenia Sanhueza*, LA
CARTA * *L.A. Heiremans*, LA OTRA CABEZA *
Luis Cornejo, EL ALFILER FRANCÉS * *Ru-
bén Azócar*, TANCREDO PINOCHET L. *
POEMAS * NOTAS

Pronto van a cumplirse treinta años de los días en que cinco o seis escritores formamos, involuntariamente, desde luego, el grupo que fue llamado "imaginista". Nosotros no nos habíamos propuesto crear una escuela literaria, ni dar origen a una moda, ni nada de eso. Simplemente escribíamos, procurando quizás dotar a nuestros cuentos, poemas o ensayos de un aire fresco, juvenil, lleno de una juventud que era la nuestra, ni más ni menos. Yo tenía entonces veinte años y era el más joven del grupo. El mayor era nuestro gran poeta Angel Cruchaga, ángel tutelar de todos. Salvador Reyes era el más fecundo, el más connotado de los que escribían en prosa. Hernán del Solar escribía poquísimos, pero cada uno de sus cuentos era una pequeña obra maestra de psicología y admirables sugerencias. Manuel Eduardo Hübner, entregado al periodismo, era uno de los más activos redactores de la revista que fundamos, "Letras", pero desde el punto de vista literario no producía nada.

Había otros escritores que si bien no formaban parte del grupo —que más que otra cosa era un círculo de amigos, que por las tardes se reunía en un café de la calle Huérfanos y por las noches en casa de Salvador Reyes —literariamente estaban muy próximos. Juan Marín, por ejemplo, y Jacobo Danke, que nos deslumbró con su primer libro de poemas; éste fue prologado por Angel Cruchaga y todos escribimos notas o artículos en los diarios.

Nosotros, repito, no nos habíamos propuesto innovar en nada, aunque un pensamiento común que sustentábamos era el de que la literatura chilena esta-

ba atiborrada de un criollismo empalagoso y pesado, con exceso de descripciones y poca vida verdaderamente dinámica. Mucho huaso, poca imaginación. Quizás a eso se debía que los héroes de nuestros cuentos fueran principalmente marinos y los escenarios, de preferencia puertos o barcos. En mi primer libro, "La Niña de la Prisión", aparecido en 1928, con un prólogo de Salvador Reyes que fue como un espaldarazo para mí y con una brillante portada de Alfredo Molina La Hitte (hoy es simplemente La Hitte, el conocido fotógrafo), mis personajes eran marinos, piratas, gitanos, ladrones y vagabundos. Ni un solo huaso, por cierto, ni historia alguna localizada en el campo. Pero eso no quiere decir que los del grupo "imaginista" sintieran desdén o menosprecio por los criollistas. Nada de eso. Nosotros sabíamos perfectamente lo que valían Mariano Latorre, Marta Brunet o Luis Durand y la prueba está en las páginas de la revista "Letras", donde estos autores y otros de la misma escuela encontraron sitio preferente. Además, Latorre, Marta o Durand eran amigos muy próximos. Esa especie de contraposición entre "imaginistas" y criollistas fue cosa de los críticos, como más adelante se verá, y no nuestra.

Yo confieso que los métodos literarios de Latorre, a veces mucho más detallista que el propio Zola, producían en mí una especie de atención respetuosa, pero lejana. Un domingo, como lo hacíamos frecuentemente, Hernán del Solar, Salvador Reyes y yo fuimos a San Antonio. Eramos amigos de un marino extranjero que estaba al cuidado de

un viejo velero averiado (después desguasado), el "Dharma" y de tiempo en tiempo llegábamos al barco llevando una botella que nos bebíamos con ese hombre, que también ejercía de buzo, en la preciosa cabina del capitán de ese velero. Aquel domingo caminamos hasta Lollole y he ahí que de pronto, en una calle apartada, nos encontramos con Latorre, que iba acompañado de su amigo Lisandro Santelices. Seguimos juntos y con gran sorpresa nuestra, vimos que Mariano se inclinaba y se ponía con una rodilla en tierra para examinar un insecto negro y pequeño. Lo miró caminar, luego lo dio vuelta para conocerlo por el otro lado, hizo un comentario sobre sus antenas y en seguida sacó su libreta y se puso a tomar notas. A mí me pareció asombrosa la gran cantidad de cosas que podían escribirse, rápida y nerviosamente, sobre un bicho de esa naturaleza. Supongo que la descripción habrá ocupado cuando menos una página en algún libro posterior de Latorre.

Francisco Santana ha contado, en una reciente obra sobre Mariano Latorre, algunas características de las polémicas que se produjeron por aquellos días, sobre criollismo e "imaginismo". Hubo artículos de Alone, de Manuel Vega y de Salvador Reyes, con arremetidas de uno, protestas de otro e ironías del tercero. A Manuel Vega no le gustó que Alone, que entonces, como ahora, era enemigo del criollismo y particularmente de Latorre, aludiera desdeñosamente a aquél a propósito de un libro tan juvenil como "La Niña de la Prisión". Más tarde estas polémicas se renovaron y Vega contó en "El Diario Ilustrado" que los "imaginistas" celebraban sus ritos en casa de Salvador Reyes, leyendo a Salgari ante una feroz mandíbula de tiburón... Lo único de eso que existía era la mandíbula. Reyes respondió que era preferible leer a Salgari ante un

despojo semejante que el Almanaque Parroquial ante una vela de capilla...

Es decir que en el contrapunto criollismo-"imaginismo" los que menos quebrábamos lanzas éramos nosotros, los criollistas o los "imaginistas". Los críticos aprovechaban la existencia de nuestro grupo para sus propios fines, ya fueran ensalzar o atacar al criollismo. Ni siquiera la etiqueta de "imaginistas" fue obra nuestra, sino de ellos. Los que no nos querían —literariamente, desde luego— acostumbraban a atribuirnos los más remotos parentescos. Ya no guardo papeles ni recortes de prensa de aquel tiempo, pero tengo la idea de que fue Raúl Silva Castro quien citó como supuestas influencias "Sobre los Imaginistas", a Conrad, Paul Morand, Mac Orlan, Farrere, Cendrars, Pierre Loti, Salgari, etc. Una excelente ensalada, como puede verse.

Se ha dicho también que nuestro grupo "resucitó" a Augusto D'Halmar, que, ausente veinte años de Chile, era muy poco recordado entre nosotros. Sus libros no se editaban aquí y de las ediciones españolas llegaban escasos ejemplares. Es verdad que las obras de D'Halmar, especialmente "Nirvana" y "La sombra del humo en el espejo", ejercían fascinación sobre algunos de nosotros. Salvador Reyes sostenía correspondencia con él. Yo le mandé mi primer libro y recibí una alentadora carta suya que me llenó de emoción. Seguí escribiéndole y al llegar a Madrid, en abril de 1934, mi primera visita fue para él, en su casa de Travesía de la Ballesta. Entonces D'Halmar ya proyectaba su viaje a Chile, que realizó ese mismo año. Me confieso culpable de la gorra marinera con que D'Halmar llegó a Valparaíso. Yo le di el dato de la tienda madrileña donde las vendían y de su reducido precio... D'Halmar era una especie de maestro lejano a quien admirábamos por su literatura nostálgica, esotérica, y por su vida errante, re-

belde y un poco misteriosa. Para "Letras" nos mandó fotografías —creo que son las únicas que se conocen— del gran poeta lituano Oscar de Lubisz Milosz, cuyos poemas había traducido al español. Gabriel García Maroto hizo en Madrid, en 1922, una edición de sólo cien ejemplares de esos maravillosos versos. Tengo idea de que impedimentos legales no permitían a D'Halmar viajar a Francia, pero de vez en cuando solía hacer algún viaje clandestino. En una de esas escapadas se encontró con Milosz en el Castillo de Villebon y se retrataron juntos. Las fotos fueron tomadas por un nieto de Víctor Hugo. "Letras" las publicó en una de sus "horas". Consistían estas "horas" en dedicar las páginas centrales a un escritor, con fragmentos de sus obras y una nota biográfica.

Sobre lo que quedó del "imaginismo" hablaré otra vez. El tiempo dispersó a los que formamos aquel grupo. Yo me fui a España y el drama de 1936 alejó de mi mente toda esa vida fantástica que antes constituía mi medio. Las cosas terribles que tuve a la vista no me dejaron lugar para nostalgias literarias. Así me fui por el camino del realismo, más áspero quizás, pero en la realidad, junto al dolor y a la alegría, he encontrado una inmensa cantidad de poesía. Yo creo que el vuelco del mundo, en mayor o menor proporción, nos cogió a todos, nos separó y luego volvió a acercar a algunos, con quienes me he encontrado en la misma trinchera.

Porque el escritor, en estos tiempos, es una especie de soldado que acompaña a su pueblo con el arma al brazo.